
Acabar con la obsesión juvenil (1)

Hemos pasado de unas generaciones jóvenes que tenían o habían tenido como problema central la represión (política, sexual, moral, familiar, educativa...), a unas generaciones que tienen como problema central la identidad.

Por Josep M. Lozano i Soler *

1. Introducción

Estas páginas no pretenden más que ensayar *una interpretación* sobre la vidas y milagros de uno de los personajes estelares de nuestra cultura y de nuestra vida social en los últimos años: el Joven. Llevamos ya muchos años en los que los jóvenes han sido una piedra de toque (y a menudo "la" piedra de toque) en lo que se refiere a los mil y un problemas y retos que se han ido planteando. Han sido unos años en los cuales casi todo el mundo —personas e instituciones— ha vivido inmerso en una verdadera *obsesión juvenil*. Esta obsesión ha adquirido formas diversas y, ni que decir tiene, no siempre ha sido protagonizada por los mismos jóvenes. Sino todo lo contrario.

Dicho con otras palabras: la juventud (o los jóvenes) se ha convertido en uno de los grandes referentes mitológicos de nuestra cultura. Ya hace muchos años que encontramos a los jóvenes detrás de todos los grandes problemas que preocupan a la opinión pública: el paro, la crisis de valores, los movimientos revolucionarios, la adicción a las drogas ilegales, los movimientos sociales, la inseguridad ciudadana, el nivel y la calidad de la enseñanza, las actividades de tiempo libre, el llamado consumo cultural,

* Profesor de ESADE y miembro del Centre Cristianisme i Justícia.

Josep M. Lozano i Soler

etc. Los jóvenes han pasado a ser un punto de referencia inagotable del discurso público, del institucional y de los medios de comunicación. Y, naturalmente, de la publicidad. Pero su omnipresencia obsesiva como referente social no ha sido solamente ideológica: alrededor de la mitología juvenil se han construido infinidad de modas, productos, servicios y formas de vida y comportarse. El sentimiento de ansiedad, vergüenza o frustración con que han vivido todas aquellas personas, propuestas y modos de hacer que no encajaban o se alejaban de lo que en cada momento se vivía como lo más típicamente "juvenil" es indescriptible. Lo que no interesaba a "los jóvenes" ya se suponía automáticamente que era de un interés más que alternativo. Había que estar atento a lo que los jóvenes hacían y decían porque su palabra era, sin duda, la palabra de los (nuevos) dioses. El hecho de que algo no fuera atractivo para los jóvenes era, sin duda, señal indiscutible de que no tenía futuro. Al fin y al cabo, la obsesión juvenil inyectaba en nuestra vida social una doble preocupación con relación a este referente mítico y mitificado: la preocupación *por los jóvenes* y la preocupación *por ser como ellos*.

Y los jóvenes ¿qué decían a todo esto? Bueno, eso ya es harina de otro costal. Dejémoslo, ahora. Porque lo que quiero subrayar de entrada es que *no ha existido ninguna clase de problema social con los jóvenes, ni ninguna clase de problema juvenil en la sociedad; más bien problemas sociales proyectados e interiorizados en los jóvenes y, por lo tanto, muy a menudo "protagonizados" por ellos*. Una sociedad que ha vivido (o ha querido vivir) "bajo el signo de la juventud", y que de este modo ha condensado o proyectado en los jóvenes los grandes problemas y retos que *atravesaban a toda la sociedad*.

Dicho de otro modo, la interpretación que me parece más plausible es la que sostiene que, propiamente, *no hay problemas o cuestiones juveniles, sino problemas sociales que se reflejan o se condensan en los jóvenes*. Condensación y reflejo, eso sí; que muy a menudo tiene unos rasgos propios y específicos, del mismo modo que se manifiestan con su propia especificidad entre otros grupos sociales y/o generacionales. Pero, en cualquier caso, lo que hay que decir desde el principio es que *los jóvenes no anticipan el futuro, sino que concentran las tensiones del presente*. Si la juventud ha sido, simultáneamente, una edad de moda y una edad modelo, lo ha sido en el marco de una sociedad que, de manera cada vez más acelerada, ha visto como se le hacían añicos los modelos de los que vivía y que podía ofrecer y ofrecerse. *La juventud ha funcionado como modelo en el seno de sociedades sin modelos (y sin modelos que ofrecer a la juventud)*.

Desde luego, los últimos años han sido los años de la obsesión juvenil; los años de los jóvenes. Pero no lo han sido por razones biológicas o

Acabar con la obsesión juvenil

demográficas (si bien todo esto ha sido inseparable de un “boom” demográfico), sino por razones sociales y culturales. Resulta, pues, decisivo, no caer en la trampa de hablar de temas como “el problema juvenil”; sino afrontar los hipotéticos problemas que (se supone que) plantean los jóvenes como un reflejo —a veces espejo, a veces retrato, a menudo caricatura— de problemas sociales, de problemas que comparten con otras generaciones... y, a menudo, como problemas de algunas instituciones para con los jóvenes.

Esto se pone en evidencia cuando uno lee materiales que se presentan como elaborados “por los jóvenes” o significativos de su realidad (y que, por cierto, suelen ser la actividad de un sector más bien escaso de la población juvenil). Para poner un par de ejemplos relevantes: si miramos los índices de los trabajos elaborados con ocasión del Año Internacional de la Juventud o de la reciente *Carta de la Joventut Catalana*, podremos llegar por lo menos a una conclusión clara: *ni los problemas o las preocupaciones de los jóvenes son problemas o preocupaciones juveniles, ni los problemas o preocupaciones de los jóvenes lo son solamente de los jóvenes.*

Llegados a este punto, resulta indispensable añadir que, si hay algo que caracteriza a la realidad juvenil, es su diversidad y su pluralidad. Aunque sólo sea por higiene mental, deberíamos dejar de hablar de La Juventud (y, por lo tanto, de “sus” supuestos defectos y virtudes) y hablar de los jóvenes, como una manera modesta de reconocer lingüísticamente la pluralidad de formas de vida que podemos hallar entre la población juvenil... como entre toda la población, por otra parte. Esto es difícil, puesto que en los últimos años nos hemos habituado a percibir a los jóvenes desde un modelo paradigmático de lo que es “ser joven” y de lo que tiene que ser un joven modelo.

Los procesos mediante los cuales unos rasgos y unas formas de vida presentes —sin duda— entre los jóvenes se elevan a la categoría de representar lo que es más típicamente juvenil no deben ser simples ni deben permitir una explicación exhaustiva. Lo que no nos priva de ensayar aproximaciones. Aunque sólo sea porque estas aproximaciones se pueden hacer con la intención manifiesta de rastrear algunas de las herencias que hoy todavía perduran en la percepción social de estos personajes que han tenido el dudoso honor de protagonizar la vida pública de la segunda mitad del siglo veinte. Herencias que, como estratos progresivamente superpuestos, perfilan los sucesivos retratos-robot que se han utilizado para localizar al Joven entre los jóvenes.

2. Los jóvenes: de propietarios del futuro a prisioneros del presente

Cuando se hacen consideraciones de este tipo resulta inevitable caer en la convención de hacer periodizaciones que nos ayuden a ordenar las

Josep M. Lozano i Soler

herencias de las cuales vivimos. Puestos a hacerlo, pues, lo haremos por décadas.

a) *Los 60, o los jóvenes que creían que lo serían siempre.*

Si bien, como ya se ha dicho, la aparición cultural de los jóvenes como tales es paralela a los comienzos de la industrialización, los jóvenes eclosionan como sujetos de problemas y sujetos problemáticos en las sociedades plenamente industrializadas. Esta eclosión va tomando forma a lo largo de la primera mitad del siglo veinte, pero estalla específicamente —y emblemáticamente— a lo largo de los 60.

La década prodigiosa es una década "juvenil" y protagonizada por los jóvenes. Década de gran crecimiento económico (algunos afirman que el mayor que ha experimentado jamás la humanidad), pero también una década que empezó con cambios ideológicos e institucionales que se vivieron como banderas de nuevas esperanzas: expectativas (y triunfos) revolucionarias, nuevas fronteras, aggiornamientos, crítica al "culto de la personalidad"... y presentación en sociedad de los jóvenes nacidos después de la II Guerra Mundial. Jóvenes que empiezan a estar juntos muchos años —y cada vez más masivamente— en escuelas y universidades, y que ven como las primaveras que se anunciaban se marchitan rápidamente. La desaparición de símbolos como Juan XXIII, J.F. Kennedy o N. Krushev representa también la resistencia que tienen al cambio las ideologías y las instituciones dominantes hasta aquel momento. Pero, mientras, los cambios en las condiciones materiales de vida modifican las expectativas y demandas sociales, y una nueva moral comienza a imponerse prácticamente antes de ser sistematizada ideológicamente.

En este retrato-robot, el 68 pasa a ser la culminación frustrada de una dinámica protagonizada por jóvenes que, en sociedades cada vez más prósperas y acomodadas, reflejaban la necesidad de nuevos parámetros culturales y de nuevas formas de vida, más allá de transformaciones económicas o políticas. Básicamente jóvenes urbanos, de clase media y con estudios medios o superiores que se habían socializado en medio de un creciente (o, como mínimo, de un mayor) bienestar y que planteaban la posibilidad de instaurar nuevos estilos de vida, diferentes pautas de conducta y un reparto alternativo del poder social y no sólo del político. Como la confrontación fue básicamente cultural, desbordó rápidamente a las estructuras institucionales e ideológicas, que aparecían indentificadas cada vez más con el miedo o con la resistencia al cambio y como preocupadas por adaptarse, pero sin renunciar a su cuota de poder. Instituciones que parecían tener como libro de cabecera más bien *El gatopardo* que *El príncipe*. Un cambio económico, cultural y social se superpuso al cambio demográfico, y cristalizó bajo la forma más visible (y quizás aparente) de conflicto generacional de grandes magnitudes. Entre nosotros, estas refe-

Acabar con la obsesión juvenil

rencias se veían reforzadas —e incluso magnificadas— por el hecho de que se encontraban más perseguidas por un régimen que, simultáneamente, propiciaba una cierta versión del crecimiento económico y un rechazo agresivo de todo ello que apuntaba hacia una modificación del orden que había establecido impositivamente.

En este contexto de cambio cada vez más acelerado, el discurso tradicional sobre los jóvenes se hizo rápidamente obsoleto. Ya no podía verse al joven (y vivir la propia juventud) bajo los parámetros del sacrificio y de la preparación para un futuro, entendido como la entrada en unas formas de vida ya establecidas básicamente. *Los jóvenes (algunos, claro) aparecen como portadores del cambio social y vinculados a él, de manera que se acaba identificando el cambio social con lo que dicen y hacen los jóvenes...* lo cual viene reforzado por la difusión indiscriminada que hacen de ello los medios de comunicación. Ya no es necesario esperar al futuro, porque lo estamos haciendo y lo queremos ahora, en el presente y, por lo tanto, cada vez más, el horizonte social —y, por descontado, el de los jóvenes— no es la orientación a reservarse e invertir (en formación, relaciones, etc.) de cara al futuro, sino la orientación a “realizarse” en el presente.

El cambio en las referencias se orientaba no sólo a cambiar el mundo o las estructuras de poder, sino que pretendía ir más allá: había que cambiar la vida, según se decía. (Después fue la vida la que fue cambiando a muchos de estos jóvenes). La vida y la práctica cotidiana pasaron a ser vistas como el lugar de las transformaciones revolucionarias. La aspiración al cambio, pues, alcanzaba a todos los ámbitos vitales y, por lo tanto, también las ideologías y las instituciones de todo tipo que hasta aquel momento habían pretendido ordenar el mundo y la vida se veían “contestadas” y desbordadas. Estalla la actitud contracultural —que más bien es una actitud que hace cultura a la contra— que se convierte en una clave de interpretación de propuestas, situaciones y conflictos muy diferentes e incluso contradictorios entre sí. Este dinamismo de cambio que se ha superpuesto a un cambio generacional hace que se consideren como típicamente juveniles (o como típicos de la revuelta juvenil) valores y actitudes que también asumen progresivamente otros grupos sociales e incluso valores y actitudes que ponen en marcha o potencian entre los jóvenes gentes que no lo son.

Emergen nuevos valores personales y colectivos. Valores que se presentan como aspiración y como crítica a los ya establecidos e institucionalizados (en la familia, la escuela, la iglesia o los partidos). Valores personales de autonomía, creatividad, autenticidad, realización... Valores colectivos de contestación, crítica al poder, contracultura, nuevas solidaridades, no violencia... *Y se hace de los jóvenes los portadores sociales*

Josep M. Lozano i Soler

de estos "nuevos" valores que tenían que "renovarlo" todo. En todas partes aparece una "nueva" izquierda, iglesia, pedagogía, pareja, incluso matemáticas; en una gran eclosión que afectaba a gente muy diversa, pero que tomaba como referencia a los —es decir, a determinados— jóvenes.

En una rápida operación, se identifica lo que es bueno con lo que es nuevo. Lo que es nuevo con lo que es joven. Y, así, *"los jóvenes" pasan a encarnar el bien social, entendido como cambio social. No nos ha de extrañar que se acabara planteando si los jóvenes eran una nueva clase y los nuevos sujetos revolucionarios. Y, al final, nos encontramos con que "la juventud" deja de ser un lugar de paso y empieza a ser un punto de llegada o un referente último: los jóvenes son el futuro, nos lo muestran; lo que la sociedad llegará a ser ya lo tenemos ante nuestros ojos, en los jóvenes.*

De este modo, cerrando el círculo, *no solo el joven se convierte en modelo, sino que se construye el modelo de joven. Se diseña la imagen de lo que tiene que ser un joven que sea "auténticamente" joven: crítico, radical, con iniciativa, desinteresado, sin someterse a las instituciones, creativo, innovador de patrones culturales y no repetitivo, orientado a la utopía, independiente de padres y educadores, etc., etc. Hoy, si algo tienen en común todas las críticas, preocupaciones o lamentos que se expresan hacia los jóvenes, en el fondo, es esto: se han alejado de este modelo. No son críticos, no tienen iniciativa, viven ligados a los padres, son pragmáticos... y así podríamos seguir "ad nauseam". ¿Y por qué un joven, para "ser joven" (y no un joven deteriorado, de segundo orden, echado a perder o, incluso, manipulado) tiene que corresponderse con este patrón? ¿Y por qué este perfil solo es deseable (o rechazable) entre los jóvenes?*

Como complemento también se construye una percepción de cual es la actitud correcta hacia este Joven modelo. En la medida que los jóvenes representan la superación de una sociedad eminentemente "represiva", de lo que se trata es de evitarles, al máximo posible, todo tipo de traumas, frustraciones, represiones o imposiciones. Así, *el problema y la preocupación central para con los jóvenes pasa a ser evitar toda clase de represiones (política, moral, sexual, familiar, educativa, etc.) con la creencia de que de esta liberación entendida como superación o supresión de la represión emergerá de un modo casi automático todo lo que de bueno y de nuevo los jóvenes llevan y anuncian. Y, de este modo, conseguiremos que el futuro llegue a nuestro presente.*

b) Los 70, o los jóvenes que no supieron como serlo

Y, desde luego, el futuro llegó. Pero, cuando lo hizo, no era como se

Acabar con la obsesión juvenil

había pensado. Muchos de los planteamientos anteriores se habían hecho desde la confianza implícita —cuando menos en el Occidente desarrollado— de que el crecimiento económico era imparable. No es de extrañar, pues, que en el fondo se creyera que la prosperidad estaba casi garantizada definitivamente y que los cambios sociales debían promover valores que “humanizaran” la vida y las instituciones de la sociedad opulenta. Por eso era posible un constante ejercicio de ampliación de los horizontes mentales y de las experiencias vitales. Esto quebró a comienzos de los 70, pero la crisis tardó más en afectarnos a nosotros porque nuestras energías sociales se dedicaron a la transición política.

Así, las movilizaciones durante el final del régimen se percibían como protagonizadas básicamente por jóvenes y por los que empezaban a dejar de serlo. En cualquier caso, asistimos a una verdadera multiplicación de iniciativas, actos y apariciones de asociaciones juveniles. Incluso hubo reivindicaciones que afectaban directamente a los jóvenes (como la que se refería a la mayoría de edad). Pero aquel momento inicial de vida acelerada, en el que se vivió el deseo al máximo porque todo el mundo podía proyectar en un cambio incierto la realización de sus deseos, acabó con fuertes sentimientos de frustración y con el descubrimiento repentino de que una nueva realidad (La Crisis) había tomado posesión de nosotros y de nuestras vidas.

La década termina con elecciones, y con un proceso de reinstitucionalización que, además, se hace en nombre del consenso, y no de la utopía. Por eso, cuando de repente empiezan a aparecer como moscas concejalias, consejos y direcciones generales de Juventud, los parámetros dominantes de comprensión del hecho juvenil han mutado notablemente. Una generación relativamente “joven” ocupa el poder y es ocupada por él, quizás sin haber tenido mucho tiempo para pensar qué haría con el poder. En cualquier caso, este simple hecho biográfico hace ineludible creer que esta ocupación durará bastante, y pone en cuarentena la creencia en un próximo “relevo generacional” (vale la pena observar, de paso, que ocupa el poder político y el cultural. Quizás esto explica que ahora, suaviza la crisis económica, los nuevos jóvenes-modelos se muestren como luchadores por una parcela de poder que los anteriores olvidaron: el económico).

Sea lo que fuere, este contexto de crisis creciente —principalmente económica!— y el súbito descubrimiento de la diferencia existente entre soñar, desear, imaginar o vivir a la contra, por una parte, y gestionar, negociar, armonizar intereses en conflicto o descubrir que no hay recursos para todo y todos, por otra, hace que cambien rápidamente los esquemas perceptivos de la realidad. Dos nuevos referentes aparecen como señales de identidad: el Desencanto y el Pasotismo. Si bien están

Josep M. Lozano i Soler

interrelacionados, existen diferencias entre ellos, y quizás la más significativa es que *el pasotismo se atribuye mucho más específicamente a los jóvenes.*

Propiamente, tanto estar encantado como desencantado son más bien estados de ánimo y maneras de sentir que no ideas o cosmovisiones. Sin embargo, son maneras de sentir que fácilmente se tematizan como ideas y pasan a ser claves de comprensión de la realidad y legitimaciones de renunciaciones o modificaciones en los comportamientos y las orientaciones vitales. El desencanto es la desvinculación vital hacia aquello que atraía o movilizaba en el campo social o político, y a menudo es debido a acciones o situaciones que niegan o desmienten lo que previamente se había vivido como encantador o cautivador. Si se definieron las revueltas del 68 como la toma de palabra, el desencanto es el resultado de establecer una relación operativa (y no verbal o imaginaria) con el poder como si estuvieran en el mismo nivel. Pero sin ignorar jamás que el desencanto presupone haber estado encantado de una forma o de otra; los tiempos no eran, todavía, propicios para una velada postmoderna alrededor de la hoguera de los encantadores. Más bien se trataba de "tomar postura" ante el desencanto, tanto para combatirlo como para comprenderlo como puerta de paso a una nueva etapa.

El desencanto se formula ante la opinión pública cuando la elaboración de la Constitución y el establecimiento de medidas para superar la crisis económica "exigieron" acuerdos y pactos, a menudo secretos, y también renunciaciones. La lógica del pacto entre núcleos dirigentes exigía un proceso creciente de desmovilización de todo aquello y todos aquellos que la podían perturbar. El desencanto viene provocado por el reconocimiento de que mucho de lo que había configurado una dinámica de participación, presión y movilización se volvía rápidamente molesto, superfluo o "poco realista" y afectó a los que querían renunciar a ello y se veían empujados u obligados a hacerlo por parte de quienes, hasta hacía muy poco, habían compartido el mismo lenguaje. *El desencanto no afecta al núcleo de todos, sino a aquellos para los cuales la orientación social o política es nuclear.* Pero tiene como consecuencia la rápida difusión de un sentimiento de distanciamiento y desinterés hacia las posibilidades de incidir en la vida política y social. Distanciamiento y desinterés acompañados, no hay que olvidarlos, de sentimientos de frustración y/o impotencia. Pero, en cualquier caso, el desencanto se convierte en un cajón de sastre que permite dar un nombre común a situaciones y planteamientos muy diversos y heterogéneos, sin olvidar que lo que para unos era causa de desencanto, para otros era causa de satisfacción. Lo que para unos fue una manera emocional de vivir la transición (y de hacer la propia transición personal) para otros fue un período o una forma de vivir. Y, detrás de todo eso, diversas maneras de vivir y pensar la relación y la distancia que hay

Acabar con la obsesión juvenil

entre deseo y cumplimiento del deseo que, por cierto, se narraban de un modo casi indiferenciado cuando la única cosa que se tomaba o se tenía que tomar era la palabra, y no el poder o el ejercicio de responsabilidades. No fue de extrañar que, paulatinamente, cuando se contemplaba o se expresaba lo que parecía más paradigmáticamente juvenil, se llegara más o menos inconscientemente a la conclusión de que *se sabía como "tenían que ser" los jóvenes, pero, en la práctica, no se sabía como podían serlo*. Y así se acabó colgándoles el sambenito del "pasotismo".

Pero antes de llegar a los pasotas, hay que insistir en que el desencanto acabó siendo una especie de toma de conciencia de la transición. Entre otras cosas, porque mucha gente quería el "cambio", pero cada cual tenía de él básicamente una representación mental o vital. La campaña electoral que llevó al PSOE al gobierno fue el último avatar de esta transición. Tanta preocupación por la desestabilización política no fue acompañada por una mínima atención a esta desestabilización cultural. De manera que afrontar la reconstrucción de perspectivas sociales y culturales se hizo mediante un pragmático ensayo y error, mientras se pensaba a partir de modelos y expectativas heredados. *Había una fuga pragmática hacia delante que se pensaba y se analizaba mirando hacia atrás*, de manera que el desencanto y la posición que se tomaba respecto a él se convirtió en una de las fases dominantes de reagrupación ideológica. Pero con la peculiaridad nada despreciable de que la política y la economía se habían "liberado" de todo juicio ideológico y, en todos los sentidos de la expresión, se desmoralizaron definitivamente. La energía vital así liberada comenzó a canalizarse hacia espacios y prácticas sociales muy diversos, cuya ramificación llega hasta hoy y ahora no podemos analizar: el consumismo como compulsión compensatoria, el ascenso y la salvación social por la vía del éxito económico, la diversidad de los movimientos sociales, la religiosidad personalizada rozando a menudo el sectarismo, la recuperación del individualismo posesivo, un cierto narcisismo agorafóbico, y lo que cada uno quiera añadir, que la lista puede ser inacabable.

Pero no vayamos tan deprisa, porque, en lo concerniente a lo que ahora nos interesa, tenemos que prestar atención al hecho que se estableció y consolidó el binomio desencanto-pasotismo. El desencanto es aquella actitud vital de desconectarse ante lo que atraía y/o movilizaba, y que experimentan muchos de los que ya comienzan a ser ex-jóvenes, que abandonan, se recluyen en sus reservas para velar por las esencias, o se adaptan y reorientan, ya sea de manera exclusivamente pragmática, ya sea (re)construyendo nuevas referencias.

El pasotismo representa una afirmación negativa: dejo de jugar; me desentiendo; estoy aquí, pero en tránsito hacia vete a saber donde y no hacia nada de lo que existe (porque no es hasta más tarde cuando

“pasar” significa lo excesivo: qué pasada!). Uno dice que pasa cuando no puede entrar en el juego (social) porque no tiene ninguna baza para hacerlo o porque ya no tiene ganas de jugar. Uno “pasa” en el sentido que “transita” por la vida igual que en los aeropuertos: sabiendo que son lugares de paso y que nada le vincula establemente a lo que allí sucede, con la diferencia que, ahora, además, ya no sabe a dónde va. El desencanto mezclado con la desorientación vital y agravado por una crisis económica que entonces ya lo atenazaba todo cumplió su cometido. El desencanto como desvinculación y progresivo distanciamiento y, por lo tanto y como consecuencia, el “pasar” como una forma de afirmarse e identificarse desde la negación y el rechazo hacia la realidad dominante: *lo que hacía pocos años se había realizado como movilización social, ahora se realiza como desmovilización, y esta desmovilización acaba transformándose en una identidad vital.*

Esta indentidad va configurando el paso de la desmovilización social a la renuncia de relaciones activas con el entorno. Determinado desinterés rápidamente se tradujo como no interés, y el “yo paso de” rápidamente se transformó en “yo soy (o tú eres) un pasota”, de modo que, en pocos años, lo que empezó a ser un proceso de socialización entendido como transición hacia el pasotismo se convirtió en un proceso de socialización en el marco del pasotismo.

Evidentemente, ni el desencanto afectó a todos (ni a todos de la misma manera), ni pasar fue una actitud habitual o dominante entre los jóvenes. *Pero sí que el pasotismo se transformó en el parámetro para valorar el comportamiento y las actitudes juveniles.* Ser o no ser pasota se convierte en un elemento clave para comprender e identificar a los jóvenes, y se acaba presentando, curiosamente, como si fuera una especie de opción y no (o, como mínimo, también) una forma de impotencia inducida. Esta opción, ni quiere decir tiene, es cuestionada o condenada cuando se habla de los jóvenes o se la relaciona con ellos, *básicamente porque se sigue considerando que el joven ideal tiene que ser el joven militante:* los pasotas son asociales, hacen el juego a la derecha (?), se alejan de las instituciones y nos llevarán a una sociedad desarticulada. El pasotismo, cuando se da, se percibe como una actitud típicamente juvenil y suele tratarse sin tener en consideración los hechos del entorno que lo han provocado: lo importante es que uno no sea (o deje de ser) pasota. Los jóvenes empiezan a preocupar (sobre todo, a los departamentos e instituciones creados a causa de esta preocupación, y que suelen estar bajo la responsabilidad de ex-dirigentes juveniles de la etapa anterior) y, *cada vez más, la atención que suscitan no viene motivada por la devota ilusión de saber qué hacen, sino por la inquietud de saber qué hacemos con ellos.*

De esta manera la actitud dominante implícita sigue siendo la devoción

Acabar con la obsesión juvenil

por los jóvenes supuestamente militantes (que son básicamente jóvenes organizados y vinculados a otras organizaciones e instituciones) y que, por la misma razón, son tratados con un cuidado exquisito... en especial si se tiene en cuenta que son un porcentaje digamos —para ser generosos— minúsculo de la población juvenil. Y, con respecto al resto, la actitud implícita parece ser: *dado que se desinteresan, veamos qué les puede interesar y hagamos todo lo posible para interesarles* (a veces cualquier cosa a cualquier precio). Lo que sea, pero por lo menos que no pasen. Porque “que no pasen” ya es un triunfo, y como tal es visto por parte de los que se ocupan y se preocupan por los jóvenes. *De no reprimirles para que puedan ser máximamente, a facilitarles y aceptarles lo que sea para que no dejen de ser mínimamente... y no nos dejen, claro está.*

c) Los 80, o los jóvenes que se encontraron condenados a serlo

En el paso de los 70 a los 80 un término fue la clave para explicarlo todo: la crisis. Quizás lo único que entonces no entró en crisis fue la misma idea de crisis. Si bien saltó a la palestra en 1973 con la del petróleo, la sensación de agotamiento se generalizó unos años más tarde. Desde entonces, ¿qué no se ha analizado básicamente en estos términos?: El Estado del Bienestar, los valores, el asociacionismo, los partidos políticos, la iglesia, la familia, la canción... de todo se ha hablado anteponiéndole la referencia “crisis de”. Sin embargo, el sustrato último y, a la vez, su visualización más punzante se produjeron en el campo económico con el crecimiento galopante del paro. El futuro desapareció del mapa como posibilidad y se vivió bajo el signo de la amenaza (nuclear, ecológica, económica...). Ya se daba todo por bueno si las cosas no empeoraban.

Entonces ya lo decían los que saben lo que ocurre antes que nadie, pero ahora ya lo sabemos todos: la cosa iba a Postmodernidad. Pero al principio fue la crisis de modelos y la sensación de haber llegado a una encrucijada de callejones sin salida. La desconfianza hacia los modelos económicos, políticos y culturales fue moneda de cambio. Se pasó rápidamente de discutir sobre modelos de sociedad a vivir en sociedades sin modelos. Los portadores institucionales de esperanza agotaban su discurso y cada cual se las arreglaba como podía ante un futuro percibido como amenaza. La “inseguridad ciudadana” no era sólo una cuestión vial, era una cuestión vital que se formulaba como crisis económica y crisis de valores.

Es evidente que esto conmocionaba fuertemente a los jóvenes. Y más aún si tenemos en cuenta que eran generaciones cuantitativamente más numerosas que las precedentes y que las que los seguirían. En este sentido, sí que estaban verdaderamente “colgados”. Los que tenían que tomar la palabra acabaron perdiendo incluso la palabra, de modo que hasta hubo quien, después de analizar su argot, calificó a los jóvenes de

“retrasados verbales”. (A quien lo hizo quizás no le faltaba razón, pero, otra vez, ¿por qué solo los jóvenes? ¿Es que no escuchaba nada de lo que se oía en la radio y en la televisión?). Los jóvenes dejaron de ser los protagonistas de la historia para empezar a serlo de la publicidad. Solamente tenían un protagonismo positivo en el ghetto audiovisual como referencia idealizada para los que no lo eran. Los jóvenes no podían tener protagonismo político-social (el cambio en este terreno ya había ocurrido, y los que se habían instalado en él lo habían hecho de una manera estable); ni laboral (no había trabajo); ni cultural (ya no se pensaba la posibilidad de alguna clase de “alternativas”). La primacía la fue adquiriendo una cierta experiencia del “yo” desarticulado por falta de articulaciones, y el individualismo, con el inevitable prefijo “neo”, empezó siendo una reacción pragmática para acabar convirtiéndose en una propuesta ilustrada y racional, la única posible y sensata, según lo que ahora se lleva.

Los publicistas no solo nos anunciaban que había llegado la primavera, también nos decían qué grande era ser joven. ¿De veras? Para los jóvenes la cultura de la crisis fue, sobre todo, la cultura del paro. Parodiando a Sartre, podríamos decir que *el joven estaba condenado a ser joven*, según lo que revelaba la jaculatoria de raíz estadística: uno de cada dos parados era joven, uno de cada dos jóvenes estaba en paro. ¿Estaba? No sólo eso: “era” un parado. El paro, culturalmente, se convertía en un horizonte mental y personal y configuraba un nuevo sentimiento trágico de la vida en el marco de la todavía predominante “cultura del trabajo” que impregnaba la vida de muchos jóvenes, ya fueran estudiantes, trabajadores o parados. Aunque los especialistas estudiosos del paro (una de las nuevas profesiones de la época) nos avisaran de que todo apuntaba hacia un cambio de la función y la valoración sociales de trabajo, para los jóvenes el trabajo seguía siendo una referencia insoslayable, ni que fuera instrumentalmente.

El joven fue el Sísifo de los tiempos postmodernos que comenzaban, bajo el peso de su juventud perpetuada socialmente o, como ya se había dicho, bajo su “adolescencia forzosa”. Los que hacían discursos y artículos podían continuar impunemente diciendo que eran el futuro, pero ahora la frase quería decir algo muy diferente: era una manera elegante de subrayar que no tenían presente. Obviamente, no era lo que vivían todos, pero era el trasfondo común. Ni podían prepararse para la mañana los que tenían sensación de que sólo les esperaba el eterno retorno del presente; ni podía estimularles la voluntad del “trabajo bien hecho” cuando lo importante —simplemente— era tener trabajo; ni podía movilizarles ningún proyecto de cambio social, cuando ya se sabía desde siempre que esto era cosa de los trabajadores. Los jóvenes de la época, en especial ante sus padres y educadores... *que eran los que habían sido jóvenes entre 1965 y 1975.*

Acabar con la obsesión juvenil

Paradójicamente, durante todo este tiempo se habían conseguido la gran mayoría de las reivindicaciones más específicamente juveniles de los 70. Se habían incrementado los presupuestos públicos y el patrimonio al servicio de la juventud, la oferta de asociaciones y actividades para jóvenes era mucho más rica y variada, la posibilidad de presencia institucional se había reconocido y formalizado. En cambio, la inserción de los jóvenes en la sociedad se vivía como un problema de primera magnitud. Hace pocos años, lo que ahora había en lo que concierne a ofertas y servicios para los jóvenes se consideraba una utopía; ni que decir tiene que hoy se consideraba insuficiente y, además, obvio o sin interés. En el paradigma de los jóvenes de la época, el pasado no es cosa suya y el presente no les interesa (mucho). Como decía una "pintada": "vive de tus padres hasta que puedas vivir de tus hijos". Qué pasotismo, ¿no?

Tal vez sí. Pero, en cualquier caso, más que pasotismo. Ya hemos dicho que, inmediatamente antes de la Postmodernidad, se estaba viviendo bajo el paradigma apocalíptico. Sentirse amenazado o en peligro —personal o colectivamente— era una manera dominante de vivir el presente (des)orientado hacia el futuro. Ya estaba bien si las cosas no empeoraban. El talante de los "nuevos" movimientos sociales también tenía un fuerte componente defensivo: evitemos el apocalipsis nuclear o el aniquilamiento del planeta... del cual formamos parte; o, por ejemplo, el creciente activismo de los jóvenes nacionalistas conscientes de ser miembros de naciones siempre asediadas por sus adversarios. Aquí los jóvenes también fueron "portadores sociales" de las amenazas colectivas. No bajo la forma de un movimiento juvenil específico ni agrupados alrededor de reivindicaciones juveniles. Sino estando presentes de forma muy visible —pero sin ningún protagonismo "separado"— en las movilizaciones de estos movimientos sociales. Movimientos de los que se decía —y se dice— que son especialmente atractivos para los jóvenes. Lo cual es cierto si no se olvida que otros comportamientos y actividades, desde luego menos prestigiados ideológicamente, los movilizan tanto o más.

Pero, sobre todo, los jóvenes pasan a ser vistos bajo el paradigma de la amenaza, lo cual puede constatarse atendiendo a dos indicadores complementarios: las noticias y las encuestas a la juventud. El protagonismo informativo de los jóvenes los presentaba como una fuente potencial y constante de peligros; o, correlativamente, como un ser continuamente rodeado de peligros y amenazas. ¿Qué temas se asociaban a los jóvenes? La droga, las sectas, el fracaso escolar, el paro, la delincuencia "juvenil",... Vaya caso, este último: ¿Por qué no una delincuencia adulta, masculina o bajita, por ejemplo? ¿Es que eran mucho más delictivos los jóvenes que los adultos, los hombres o los bajitos? Claro que ya nos lo anunciaban las pantallas del cine, antes eran "rebeldes sin causa" y ahora

Josep M. Lozano i Soler

"perros callejeros". El joven era una fuente potencial de desorden y perturbación social: cuando miles de jóvenes se reunían en un llamado "Aplec de l'Esperit" buscando signos de esperanza, los periódicos no hablaban de ello; pero, simultáneamente, eran un titular destacado tres jóvenes que habían maltratado una anciana para robarle cuatro chavos.

Y de las encuestas a la juventud, ¿qué? Ni que decir tiene que una de las actividades preferidas de los departamentos de las instituciones públicas cuando tenían cierta envergadura era hacer una encuesta sobre la juventud de su territorio. Así demostraban que se preocupaban por ella y mostraban a la opinión pública cómo eran sus jóvenes. Estas encuestas, por cierto, quizá sí que nos decían algo sobre cómo "eran" los jóvenes. Pero lo que es seguro es que *también* nos decían cuales eran las preocupaciones (o las obsesiones) del investigador hacia los jóvenes, y cómo él contribuía a construir su perfil. De manera que nos íbamos atiborrando de datos sobre cuales eran las actitudes y las valoraciones de los jóvenes hacia las instituciones de las que se alejaban (partidos, sindicatos, iglesias, escuelas...) y sobre los comportamientos y preferencias de los jóvenes en lo que se refiere al tiempo fuera del control institucional.

Así se produjo una inclinación ambiental: *lo máximo que puede esperarse de un joven no es que "sea", sino que "no sea"*. Padres, educadores y responsables orientan sus esfuerzos y preocupaciones a evitar que los jóvenes sean drogadictos, parados, fracasados escolares o marginados. La marginalidad alcanzada o evitada es una clave de lectura dominante y un modelo de referencia, de manera que, si esto se evita, ya es un éxito. Lo que convierte en exitosas, soportables o aceptables formas de vida y de comportamiento que, como mínimo, merecerían ser discutidas. Si la situación no es desastrosa, la reacción es de conformismo ante lo que el/la joven es... porque siempre podría ser peor. *Se había pasado de creer que eran fuente de las más altas exigencias a creer que cualquier exigencia para con ellos podría ser más perjudicial que otra cosa porque podría provocar la ruptura de un equilibrio más que inestable.*

Cómo avanzar hoy en el planteamiento de estos problemas? Intentaremos apuntar algunas líneas en un próximo artículo.